

DIALOGO CON EL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COSTA RICA

A continuación presentamos la entrevista que la Directora, una representante del Comité Editorial y el Editor de Perspectivas Rurales realizaron al Rector de la Universidad Nacional de Costa Rica, Dr. Jorge Mora. En su transcurso se puso particular énfasis en el tema central de esta entrega: Apertura y pequeña producción agrícola

¿Cómo se retoman, en el proceso de reforma pedagógica que se está realizando actualmente, los principios de la Universidad Necesaria, como se denominó, desde sus comienzos, a la Universidad Nacional?

En la Universidad Nacional realizamos hace algún tiempo un proceso de análisis de la institución y de las principales tendencias de desarrollo, con la finalidad de hacer una revisión integral de los elementos orientadores del desarrollo de la Universidad. Nosotros consideramos que había una división muy clara en los documentos que vieron nacer a la institución. Algunas veces se le daba, en los documentos originales, una función que va más allá de la naturaleza misma de la institución universitaria. Yo diría que en lo fundamental se mantuvo la orientación que la Universidad tiene desde su nacimiento; pensamos que la Universidad tiene una gran responsabilidad en el sentido de contribuir al desarrollo de los procesos democráticos de la sociedad costarricense. Asimismo, tiene la función, muy importante, de fortalecer la participación de los principales actores sociales en el desarrollo del país.

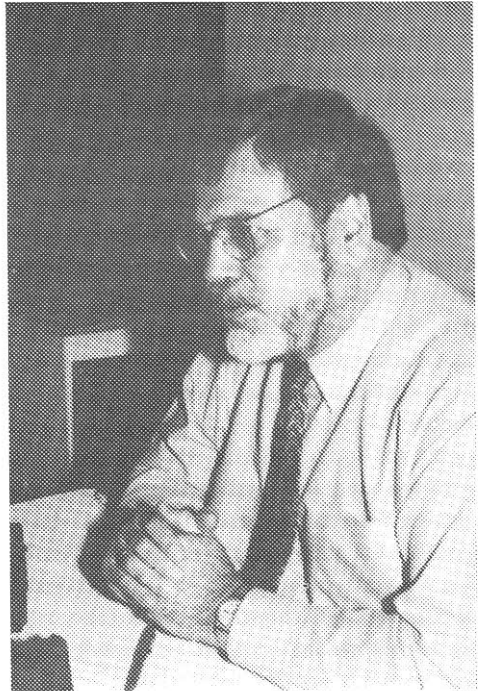
La Universidad Nacional se proponía desde su nacimiento ser una institución de educación superior estrechamente vinculada con los procesos de desarrollo. Eso originó una universidad mucho más abierta, con vínculos desde los programas, desde los proyectos, desde las carreras, dando posibilidad de estudio a jóvenes costarricenses provenientes de muy diversos puntos del territorio nacional; yo diría que desde el principio eso se mantiene. La Universidad Nacional le ha dado prioridad a estudiantes provenientes de zonas rurales de escasos recursos, con un alto rendimiento académico que, de no existir la Universidad Nacional, no tendrían ninguna posibilidad de formarse como profesionales.

De esos jóvenes costarricenses a los que la Universidad Nacional les ha dado oportunidad

de estudio, hay miles de ellos aportándole sus conocimientos y su experiencia al país, algunos de ellos incluso vinculados a organismos y a procesos internacionales, estudiantes que han sido de excelencia en universidades del exterior. Analizando los procesos que vive la sociedad en el presente, caracterizados por un desarrollo muy dinámico en la ciencia y la tecnología, se comprueba que el conocimiento es un eje central de los procesos de desarrollo, y las exigencias a las instituciones de enseñanza superior son mucho mayores en términos de su aporte en el impulso de los procesos de desarrollo.

Nosotros creemos que quienes fundaron la Universidad Nacional fueron visionarios, o sea que este perfil de la Universidad con el que nosotros nacimos adquiere mucha mayor pertinencia histórica en el momento actual. Cobra evidencia en este momento la necesidad de una universidad mucho más vinculada a las empresas, a los diferentes sectores productivos, a las comunidades, a los órganos del poder local, a las instituciones del Estado, tratando de establecer alianzas y de concentrar energías para la consecución de metas locales, regionales o nacionales. En tal sentido, yo creo que la reforma académica tiende más bien a fortalecer ese perfil de universidad con el que nosotros nacemos y que nos da ventaja. La Universidad Nacional no ha sólo sido abierta para el trabajo con la comunidad nacional, sino también hacia el exterior. Yo creo que es una de las universidades más dinámicas en términos de la cooperación internacional; basta considerar los proyectos que mantenemos con universidades de muy diversas partes del mundo, con gobiernos, con organismos no gubernamentales de Europa, de Estados Unidos, de América del Sur, de Centroamérica. Tenemos una participación muy activa. Yo creo que ésas son líneas fundamentales del desarrollo de la Universidad en este período bastante complejo que estamos enfrentando.

Nosotros tenemos algunas inquietudes con respecto a la prioridad, dentro de la institución, del área en la cual nosotros estamos trabajando, que es toda la parte del desarrollo rural, que ha sido muy importante dentro de la Universidad. Nosotros tenemos una serie de carreras orientadas a esa área, disciplinas ambientales, agrarias, la misma Escuela de Planificación y otras como educación rural. Hay una orientación importante, agrarista, en sus profesionales, en sus carreras y queríamos que nos comentara



Dr. Jorge Mora
Rector de la Universidad Nacional de Costa Rica

sobre las prioridades, porque nosotros sentíamos que, con toda esta capacidad instalada, profesionales altamente capacitados, todavía nos hemos logrado brindar mayores aportes al desarrollo institucional en este campo. ¿Cómo podríamos potenciar esa capacidad que tenemos y qué prioridad tendría dentro de la institución?

Con la reforma estamos definiendo ejes prioritarios de desarrollo de la institución, pero yo diría que si tomamos en cuenta que un aspecto central en esa definición de ejes prioritarios es el de las fortalezas institucionales, no cabe duda que todo aquello que tiene relación con el desarrollo rural, con el desarrollo sostenible, ocupa una posición muy importante en la Universidad. Las contribuciones que la Universidad brinda en este campo son realmente de un gran impacto y reconocidas. Creo que ese eje es el que ha posibilitado mucho los vínculos internos y los vínculos hacia el exterior de la Universidad. Lo interesante es que trabajamos desde muy diversas áreas, pero con la gran debilidad de que muchas de las acciones son desarticuladas. En ese contexto, el aporte económico que brinda la Escuela de Medicina Veterinaria en este campo es fundamental. Hay avances científicos y tecnológicos en campos muy diversos, por ejemplo, en enfermedades tropicales. Todo lo que tiene que ver con productividad, por ejemplo en la actividad ganadera, con sistemas de información, es un trabajo claramente dirigido a sectores rurales y yo diría que la Escuela es pionera en una gran cantidad de campos.

Si analizamos, por ejemplo, el caso de la Escuela de Ciencias Exactas y Naturales, vamos a encontrar también una facultad o una gran cantidad de carreras volcadas hacia el sector rural: biología marina, biología tropical. En la misma Escuela de Química, por ejemplo, con proyectos claramente definidos en ese sentido y que brinda contribuciones muy importantes en términos de un desarrollo agrícola sostenible. Si analizamos la Facultad de Ciencias de la Tierra y el Mar, la Escuela de Ciencias Ambientales, la Escuela de Ciencias Agrarias, la Escuela de Geografía, prácticamente en todas las facultades de la Universidad, en Educación, por ejemplo, encontramos programas claramente dirigidos hacia el sector rural. En el trabajo que realizamos con indígenas, con educadores indígenas, con educación rural en los programas de formación de educadores de áreas rurales, somos también pioneros; en muchos casos estamos adelante en el conjunto de las instituciones de educación superior. Yo diría que prácticamente todas las facultades tienen programas en tal sentido, pero en muchas oportunidades trabajamos con los mismos actores, en las mismas regiones, o en procesos con objetivos muy similares pero de manera desarticulada. Por eso, nosotros creemos que la reforma académica debe contribuir a que avancemos en una mayor integración desde el punto de vista académico, de facultades. Incluso podría pensarse en la necesidad de reintegrar unidades académicas, o facultades, de tal forma que el impacto fuera mucho mayor que el que nosotros brindamos. La reforma académica también se orienta a que nosotros podamos evaluar lo que estamos haciendo, revisar, por ejemplo, los perfiles de los profesionales que estamos formando. A mí no me cabe ninguna duda de que había una fuerte dosis de una visión mucho más orientada hacia la aplicación de modelos y de paquetes tecnológicos en la formación, por ejemplo, de nuestros agrónomos, y que cuando definimos el perfil del agrónomo en la Universidad Nacional no había todavía tanta conciencia ni una visión clara desde

el punto de vista conceptual y práctico sobre la necesidad de que contribuyéramos al desarrollo sostenible de la agricultura, de pensar en un modelo distinto de desarrollo agrícola. Es necesario, en ese caso, que redefinamos el perfil del profesional que corresponda más con las características del proceso que estamos viviendo en la actualidad. Esos son aspectos esenciales de la reforma académica. Por ejemplo, analizar, evaluar el perfil del veterinario que nosotros formamos, considerar si efectivamente está orientado a realizar un trabajo interdisciplinario que contemple en sus acciones también los aspectos socioeconómicos del desarrollo, si la orientación que tiene en su formación es la que corresponde con los cambios que estamos experimentando.

Me parece que, en ese sentido, la reforma académica nos ayudará a consolidar el trabajo que nosotros venimos haciendo en el sector rural. También me parece importante que se entienda el papel que desempeña en este momento el conocimiento en el desarrollo rural. Eso creo que en el pasado no estaba tan claramente definido y la Universidad tiene grandes responsabilidades al respecto. Hemos hecho avances, por ejemplo, en el campo de la biotecnología, muy interesantes, que muestran la importancia que tiene la generación de conocimientos y la aplicación de esos conocimientos en los procesos productivos. Yo creo que eso amplía las posibilidades de nuestro aporte en el desarrollo rural. Creo que la Universidad Nacional es la que tiene más experiencia acumulada, más metodologías respecto al fortalecimiento de la participación de actores sociales clave, por ejemplo los productores familiares del agro, donde hay grandes fortalezas que creemos debemos consolidar con el proceso de reforma de la Universidad.

Usted piensa que la misión ha sido renovada, reaceptada y quizás de alguna forma revalorada de acuerdo con el contexto en que se está viviendo. Por otra parte, usted se refiere a fortalezas y también a las debilidades de la Institución, pero también tenemos oportunidades, es decir, el aporte de los organismos internacionales o de los organismos tanto financieros como técnicos, un aporte que pone énfasis en el problema de la pobreza, en el desarrollo rural. Eso también se vuelve una oportunidad para la Universidad, en la medida en que tiene esa fortaleza. Sin embargo, quizás no queda claro si la Universidad Nacional ha incursionado en eso debido a la dispersión de trabajo, a la manera fragmentaria en que se han desarrollado las distintas áreas (uno ve el desarrollo que ha tenido la genética o el desarrollo que ha tenido la apicultura, áreas muy importantes, pero ese desarrollo ha sido quizás más por la voluntad de los profesionales, completamente desarticulados de compartir una construcción de desarrollo rural). Creo que falta compartir una concepción de desarrollo, es decir, la gente sabe que la Universidad trabaja y está abocada hacia el desarrollo del sector rural, pero cómo entiende cada uno ese desarrollo es completamente diferente. Estamos muy bien con la reforma pedagógica, pero la reforma debe darse también al interior de las cabezas de todos los profesionales. O sea que tiene que haber como una reingeniería del profesional dentro de la Universidad, de manera que comprenda cuál es el papel que tiene y que, en caso de que su materia o su actividad no sea relevante, él pueda tener la posibi-

lidad de reconvertirse y apoyar el proceso. Sentimos que la reforma funciona, pero siempre estamos dentro de un nuevo contexto y tenemos que concebir cosas diferentes, y la gente sigue trabajando con las concepciones anteriores. ¿Entonces qué es lo que está saliendo? No está saliendo lo que se necesita, porque realmente no hay claridad conceptual al respecto. Estamos hablando de la Escuela de Ciencias Agrarias, donde cada uno trabaja en forma como parcelada.

Cuando uno intenta cambios, como la creación, por ejemplo, de programas o proyectos interfacultades (porque creemos que en esta Universidad, si hay algo interesante y que es una fortaleza, es el enfoque interdisciplinario que los profesionales en general tienen), cuando se trata de generar alternativas en este sentido hay una estructura burocrática tan pesada que lo limita a uno tremendamente para establecer unidades matrices, para operacionalizarlas. Es tan trabada la estructura administrativa y tan burocrática, con tantos procedimientos y con tantos reglamentos, que eso resulta difícilísimo.

Yo no estoy tan convencido de eso. Pienso que el problema fundamental del cambio de la reforma económica es cultural, esencialmente. Desde el proyecto del programa de la unidad académica hasta el trabajo por grandes áreas, que nos va a permitir que nosotros mismos, dentro de la propia Universidad, podamos evaluar efectivamente el impacto de lo que se hace. Eso va a posibilitar que también nosotros podamos, en conjunto, encontrar áreas de trabajo común. Eso no es fácil, no es sencillo. Pensamos en la necesidad de unificar unidades académicas que trabajen en el campo del desarrollo rural, en el trabajo de formulación del propio programa, que es un trabajo muy intenso al que yo le dediqué mucho tiempo. Encontramos cosas muy interesantes, por ejemplo que en las unidades técnicas no se sabía qué se hacía en el campo del desarrollo rural. La gente de veterinaria nunca había trabajado junto con la de educación rural; ni la gente de veterinaria con la de agronomía. En el propio proceso de definición del programa iban descubriendo posibilidades de trabajo conjunto. Fue muy interesante, muy rico, pero a la vez se iba demostrando la desconexión que existe. Esa es una característica muy importante; creo que hay que ir avanzando en esa dirección, formulando programas conjuntos, pensando en la posibilidad de ir avanzando gradualmente, eso no se puede hacer por decreto. Hay que buscar cómo se definen proyectos que posibiliten que la gente se integre.

Me parece que hay dos cosas que son importantes (eso yo lo señalaba en un seminario, un debate con la presencia de algunos extensionistas que están visitando la Universidad Nacional): avanzar en esa dirección, hacia una dimensión multidimensional de los procesos en general, sociales, económicos, etc. Esa visión multidimensional lleva a que necesariamente se tengan que buscar formas de trabajo integrado; es casi una exigencia que plantean los procesos de desarrollo, los procesos de generación de conocimientos, que nosotros integremos, que busquemos respuestas mucho más integrales. El otro aspecto tiene que ver con la misma concepción de la Universidad, que es el asunto de la desagregación en áreas, es decir que cada vez más los programas y proyectos tienen que irse definiendo como proyectos

académicos, integrados, donde la generación de conocimientos se produce tanto en el trabajo como en los diferentes grupos y actores, como en el laboratorio, como en las actividades de naturaleza más puramente académica. Esos son retos que se pueden ir visualizando; creo que vamos hacia adelante. No hay ninguna duda de que la Universidad Nacional en ese tipo de experiencias, en ese tipo de desarrollos y de metodologías, tiene como uno de esos elementos característicos, precisamente, la búsqueda del trabajo interdisciplinario. Me parece que el área del desarrollo rural sigue siendo estratégica para el país y, por lo tanto, es estratégica para la Universidad Nacional. Tenemos la oportunidad, dentro de nuevas estrategias, nuevas visiones y nuevas concepciones, de reforzar nuestra presencia en ese sector, pero con una característica: pienso que en la Universidad jamás podremos pretender que exista un solo modelo, una sola visión, una sola concepción de desarrollo rural. La naturaleza misma de la Universidad hará que existan muchas. El asunto es que busquemos ciertas áreas o ciertos puntos en los cuales podamos trabajar; puntos clave, en conjunto con diferentes concepciones y divisiones. Eso es fácil. Me parece, en ese sentido, que el hecho de que haya más publicaciones, más producción, más debate es muy necesario. Y abrirse, conocer otras experiencias, otras visiones que están trabajando en otras partes del mundo sobre estos temas. Creo que es un deber, en ese sentido, para quienes trabajan en esas áreas, abrir debates. No hay ningún tipo de trabas, la Universidad está absolutamente abierta. Incluso nosotros hemos promovido debates nacionales sobre estos temas y sobre otros relacionados con el desarrollo rural. Hay que redefinirlos, no puede pensar en el pasado. Objetivos y programas que antes definíamos hay que rediseñarlos, hay que repensarlos. Pero el área sigue siendo estratégica, porque la posición que ocupa el agro, la producción agropecuaria, las áreas rurales en el desarrollo de Costa Rica es muy importante para nosotros.

¿Cómo puede retroalimentarse la UNA con respecto a la riquísima actividad de los profesores y egresados? Obviamente, hay una retroalimentación implícita en el hecho de que algunos de ellos, al ser profesores o investigadores, están dando cuenta en la Universidad, de lo que realizan, pero seguramente hay una actividad mucho más amplia que no se conoce en la UNA.

A mí me parece que debería haber ahí una acción de doble vía. Muchos de estos profesionales formados por la Universidad Nacional, si bien están generando muchas experiencias en el trabajo que realizan en proyectos, en instituciones, en agricultura orgánica, por supuesto podrían enriquecer mucho la labor de la Universidad. Sin embargo, muchas de esas experiencias no se sistematizan, constituyen una práctica que está metida, quizás, en marcos desactualizados. De cualquier forma, podría haber acciones de doble vía: la Universidad abriendo espacios que posibiliten que la experiencia que ellos generan enriquezca a la Universidad, pero a la vez también la Universidad aportándoles elementos renovados, que les permitan a su vez a ellos ser renovadores en su acción.

Esa es una de las actividades más importantes, que algunas unidades académicas ya están haciendo. Se habla de educación continua en algunas instituciones. Me parece que ésa es una tarea fundamental que tenemos por delante. Hemos estado pensando en la posibilidad

de tener un Centro de Educación Continua, que pueda ser utilizado por las diferentes unidades académicas para realizar esa labor.

Hay una cantidad muy importante de profesionales que se desvinculan de la Universidad. Necesitamos establecer canales con los profesionales para lo siguiente: al principio los agrónomos, por ejemplo, eran formados en prácticas rurales, en contacto con la vida de los productores, compartiendo con ellos. En este momento eso es visto con cierto recelo. Al cabo de los años, se comprende que el tipo de profesional que se requiere más bien es ése, y el tipo de universidad que se requiere es como la UNA. No tendría ningún sentido que nosotros tratáramos de cambiar esos aspectos esenciales. Hay que renovar el pensamiento y hay que renovar el funcionamiento, pero sin cambiar esos elementos que son esenciales y le dan una gran fortaleza a la Universidad.

Nosotros fortalecemos la capacidad de influir, por ejemplo, en el proceso de toma de decisiones, en las orientaciones de los programas y los proyectos. Si analizamos la apertura económica, podemos pensar que es casi indispensable. Estamos en un mundo mucho más interconectado, en el cual la integración al comercio mundial es fundamental. Sobre eso hay bastante acuerdo entre los costarricenses y es el trabajo que hacemos nosotros en el sector rural, en la actividad científica, académica. Pero desde la década de los ochenta, en que se implantaban las estrategias de apertura económica en Costa Rica, señalábamos también una gran cantidad de peligros si esa estrategia se aplicaba de manera indiscriminada, precisamente sin tomar en cuenta las fortalezas que presentaba el país. Hay muchos análisis de esa época. Yo publiqué dos o tres artículos en revistas costarricenses; planteaba algunos aspectos que me parecían debilidades muy importantes de la llamada en aquel momento “agricultura de cambio”, en la cual se ubicaba, por ejemplo, a los agricultores familiares como productores ineficientes. Ellos tenían capacidad de insertarse en el mercado exterior, o simplemente desaparecían. Ya el destino estaba marcado. Se perdía de vista el papel tan importante, desde el punto de vista económico y político, y desde el punto de vista de la estabilidad social del país, que los productores familiares han desempeñado. La visión imperante, entonces y ahora, se centra en la necesidad de ciertos indicadores macroeconómicos, del fortalecimiento de la producción para el mercado exterior, sin pensar en aspectos tales como la distribución del ingreso, que son aspectos esenciales.

Los resultados de aquella concepción los vemos ahora. Se trata de revertir el proceso, pero me da la impresión de que es muy tarde. Se percibía en aquella época que esos productores familiares iban siendo desplazados en los sectores rurales.

Se ponía en práctica el apotegma neoliberal de que “siempre hay ganadores y perdedores”...

Por supuesto. Y eso es clarísimo. Existen muchas dificultades para revertir un proceso de esa naturaleza. Creo que en el caso de Costa Rica eso es particularmente doloroso, precisamente porque es clarísimo que aquí la estabilidad, antes se basó en esos sectores, y por supuesto también en sectores urbanos (profesionales, educadores) que desempeñaban un papel

muy importante en la estabilidad del país, con acceso a ingresos que les permitían llenar sus necesidades de subsistencia y, en otros casos, disfrutar de un nivel de vida que les daba ciertas comodidades. En el agro es evidente que hubo una gran miopía en ese sentido, y va a ser difícil recuperar aquella situación. Hay que tratar de hacerlo, pero me parece que se ha perdido muchísimo tiempo, y que el impacto de la apertura precisamente en los productores familiares, fue muy fuerte.

Podemos recordar algunos argumentos que en aquel momento se dieron y que hoy cobran nueva vigencia. En momentos en que nosotros nos estábamos abriendo, otras economías estaban estableciendo un mecanismo de protección; era evidente que, en lo fundamental, se trataba de que nuestras economías, pequeñas, ser convirtieran en consumidoras de economías de países relativamente más desarrollados. Por el fuerte impacto de esos acontecimientos, nosotros tenemos problemas de cierta inestabilidad, de una creciente falta de credibilidad en las instituciones, lo cual es muy serio en nuestro país y, de alguna manera, tiene que ver con la sensación de incertidumbre, de ansiedad que siente la población al no encontrar claramente definidos los cambios que están transformando el país.

Me parece que podemos hacer esfuerzos importantes, que podemos trabajar con algunos sectores del agro. Por ejemplo, el Programa UNIR y otros que lleva adelante la Universidad, orientados a los sectores familiares; hay cambio en el contexto y se percibe una reorientación que podría ser favorable, por lo menos para fortalecer algunos de los sectores que permanecen vinculados a las actividades agropecuarias. En el fondo hay un problema fundamental, y es la concepción de la política económica, que ahora está desprovista de contenido social. El problema del impacto social ya no es de la incumbencia de quienes diseñan las políticas económicas; si lo principal continúa siendo cómo se mejoran los indicadores macroeconómicos, cómo se eleva la eficiencia, cómo se integra la economía al mercado internacional, la política económica es principalmente de carácter técnico. El problema social queda para las instituciones que tienen que ver con el desarrollo social. Esa es una concepción errónea, cuyas consecuencias son desfavorables en toda América Latina. Nos estamos encontrando con una situación muy seria desde el punto de vista de la pobreza. En el caso de Costa Rica, si bien ese problema no tiene las dimensiones que adquiere en otros países, estudios del Centro Internacional de Política Económica para el Desarrollo Sostenible, de la UNA, indican la presencia de un elevado número de familias bajo la línea de pobreza, y eso tiene un peso muy importante en nuestra sociedad, en donde las características siempre fueron otras, lo cual explica la estabilidad de que el país gozó en el pasado.

En tal sentido, vale la pena que nosotros siempre recalquemos el papel que ha desempeñado el sector rural, que han desempeñado los productores familiares del agro en la consecución de esa estabilidad del país. Me parece que ahí también puede haber una reorientación de las inversiones que realice Costa Rica, para tratar por lo menos de superar situaciones de desequilibrio social muy fuerte que se están presentando, sobre todo en áreas rurales.

Eso está muy vinculado también a las posibilidades de desarrollo a nivel centroamericano. La Comisión Internacional para la Recuperación y el Desarrollo de Cen-

troamérica, a finales de los ochenta, establecía una serie de parámetros económicos para lograr la paz en nuestra región. Quizás podríamos analizar la situación centroamericana, las opciones posibles, porque no saldremos de nuestras dificultades fuera del contexto centroamericano. Hay algunas áreas donde se han logrado políticas congruentes; por ejemplo, las áreas protegidas y manejo de bosques, pero no ocurre lo mismo con todo lo que es la dimensión agrícola, manejo de recursos pesqueros.

Mientras la política económica se vea desligada del desarrollo social, siempre este último aspecto estará disminuido, en una situación totalmente secundaria. Siempre el tema macroeconómico, las posibilidades de exportación, seguirán, de ese modo, ocupando la atención principal, y las energías van a estar encauzadas en esa dirección. Por eso resulta fundamental analizar las contradicciones que presenta Centroamérica, simultáneamente, en su desarrollo económico y social. Si echamos una mirada a los índices de desarrollo humano, nos encontramos con desigualdades profundas en esta región. Eso es notorio, es clarísimo. Me asalta una gran preocupación: si analizamos el origen de los grandes conflictos que se desencadenaron en los países centroamericanos, encontraremos que muchos de ellos surgieron en las áreas rurales. Eso es debido, justamente, a la exclusión social que han sufrido indígenas y sectores campesinos, con pocos canales de movilidad social y muy mala distribución del ingreso. Había condiciones objetivas que generaban una situación de inestabilidad. Cierta apertura política basada en la apertura económica, durante el proceso de pacificación, da cierta estabilidad mínima, necesaria para que algunas estrategias puedan ser impulsadas. El problema reside en que las medidas de apertura económica tiendan a ser excluyentes; de esa manera no se encontrará, en el mediano y largo plazo, una salida que garantice la estabilidad. Mientras no se superen los desajustes, será muy difícil que encontremos una estabilidad permanente.

Hay, en consecuencia, una gran necesidad de que la propia política económica contemple los mecanismos de distribución del ingreso. No pueden ser los mismos del pasado. Si analizamos el caso de Costa Rica, todo el período de estabilidad del cincuenta en adelante, de modernización, en el plano de la política económica, vemos que estaban comprendidos los mecanismos de distribución del ingreso. Si analizamos la creación en Costa Rica del Instituto Mixto de Ayuda Social, comprobamos que se trataba de excluir la pobreza desde la perspectiva de la política económica. No podemos volver a la misma situación del pasado, pero hay que crear los productores familiares. Creo que sí debe desempeñar, en el caso de otros mecanismos de redistribución, un papel activo el Estado, articulado con las ONG, que permita que los productores tengan acceso a la información sobre acceso a los mercados, y que se piense también para el mercado interno, no solo en la exportación. Que existan mecanismos de protección para esos productos. Esa concepción, en su momento, se satanizó. Hablar de subsidios era uno de los pecados más grandes que podrían cometerse. Todavía es demasiado fuerte la visión economicista del desarrollo.

Si se piensa que en Centroamérica siete de cada diez habitantes son pobres, y en algunas zonas pueden llegarse hasta ocho, o más, el modelo o política implementada en

otro tiempo para luchar contra la pobreza extrema enfrentaba índices mucho más bajos. Pero ahora estamos hablando de que la mayor parte de la población es pobre, en estado de pobreza o en pobreza extrema. No se ve en Centroamérica un cambio en la concepción, en la política real. En el caso de Costa Rica, puede ser que el nivel de pobreza se vaya manteniendo, pero la brecha entre la franja más alta y la más baja cada vez se amplía más. Ante esa realidad, no se ven nuevas concepciones, nuevas propuestas.

Asimismo, quisiéramos que se refiriera al problema de la institucionalidad, porque si bien es cierto que se han minimizado funciones que el Estado asumía hacia ciertos sectores (asistencia técnica, investigación, crédito, comercialización), algunos de esos espacios se privatizan y quedan espacios vacíos. Y allí desempeñaría un papel más proactivo que el que tiene actualmente. Aunque el Gobierno se dé cuenta de que las políticas implementadas, por ejemplo en granos básicos, no eran las adecuadas, en el plano institucional todo va a seguir igual. Para revertir la situación existente se puede dar crédito a los pequeños productores, pero siempre quedará sin respuesta quién les dará asistencia técnica, quién los va a capacitar en las nuevas tecnologías. En ese contexto, es muy importante discutir la función del Estado; no se trata de que la reforma institucional, la reforma del Estado, conduzca a la pérdida de la gerencia que corresponde al Estado. Hubo una confusión en ese sentido, y nadie ejerce la gerencia de los procesos, porque todos están amarrados y se ha creído que la privatización significa que no haya ninguna clase de conducción, ninguna dirección.

Eso es fundamental. Debemos tener un sistema institucional muy vigoroso y con mecanismos muy claros, estrategias bien definidas, que desempeñen un papel en la economía, en la política y con respecto a la estabilidad social del país. La Universidad no puede sustituir a las instituciones. Si nosotros desarrollamos programas, si logramos impulsar estrategias que muestren la importancia de trabajar de manera integral con sectores de la sociedad, se pueden generar modelos que sean de interés para las instituciones. Creo que una tarea fundamental nuestra está en el plano del pensamiento; quizás ese tiene mucha más fuerza que la que nosotros nos imaginamos. En ese sentido, continuar en el trabajo de investigación, lograr que las investigaciones se divulguen, que sus resultados lleguen a quienes toman decisiones, eso es fundamental. Abrir espacios de discusión, de debate; las alianzas con instituciones permiten que nuestra visión puedan permear la realidad.

Una buena discusión sobre granos básicos es vital...

Por ejemplo, eso es fundamental. Abrir espacios en la discusión de temas generales y temas específicos. Eso es central en el período que estamos viviendo, junto con los desarrollos en el campo científico y tecnológico.

Esa es la principal tarea de la Universidad, y más en un momento en que no se ven opciones.

Nosotros hemos abierto un debate del Programa UNIR con la Cámara de Agricultura. Fue muy interesante, por los actores que participaron. Por ejemplo, don Eduardo Lizano, que tiene mucho que ver con la estrategia de apertura económica que se impulsó en el país; también representantes de sectores académicos de la Universidad. Una discusión muy interesante. Y hace poco cerramos una discusión muy importante con participación de algunos países latinoamericanos, sobre el tema de la pobreza, los recursos humanos y el desarrollo sostenible. También he participado en estos días en discusiones sobre temas del agro en la Asamblea Legislativa. Pienso que hay mucho debate, promovido por la propia Universidad. Abrimos un debate, también en la Asamblea Legislativa, sobre el modelo de desarrollo económico de Costa Rica, que incluía un análisis sobre los procesos que se están impulsando y la necesidad de definir caminos de desarrollo. La Universidad Nacional participó muy activamente con la Asociación Latinoamericana y del Caribe de Economistas Agrícolas (ALACEA) en la discusión que se dio durante el Congreso Agronómico; la UNA participó con cerca de 40 ponencias. Me parece que sí hay un esfuerzo importante de la Institución, y me da la impresión de que la Universidad Nacional ha aumentado mucho su presencia en los foros de debate nacional, y hemos promovido muchos de ellos. Es preciso que eso se revierta aún más al interior de la propia Universidad; que nos sentemos a discutir sobre esos temas los académicos provenientes de diferentes facultades, de diferentes especialidades. Eso me parece fundamental; tiene que haber mucha discusión. No necesariamente que haya una misma visión sobre el desarrollo rural, pero sí sobre ciertos elementos básicos. Y que conozcamos los resultados de nuestras propias investigaciones, al interior de la Universidad. El Seminario de la Maestría de Desarrollo Rural, por ejemplo, es fundamental.

En la Universidad tenemos gente altamente capacitada, muy especializada en distintos campos, en lugares inadecuados de la Institución; deberían estar en otra parte. Las Escuelas no los sueltan. En este momento no tenemos reposición de cuadros. Algunas áreas más agresivas, con menor manejo de sus recursos humanos, sí lo hacen. Falta, en general, mayor agresividad en esos temas.

Ultimamente hemos reforzado mucho los vínculos con universidades de Estados Unidos y de países europeos. En el caso particular de Estados Unidos hay mucho intercambio de estudiantes. Tenemos relaciones por lo menos con tres consorcios de universidades de Estados Unidos. A cambio de la venida de esos estudiantes, tenemos la posibilidad de que estudiantes nuestros tengan la posibilidad de optar a posgrados (maestrías o doctorados) en aquel país, financiados por los programas de intercambio. Algunas veces esas posibilidades no son aprovechadas. Hay que tener estrategias muy definidas en ese sentido. Hay que definir nuevos estímulos, sobre todo en la actual situación financiera de nuestras universidades. Pienso que es mucho mejor que estemos concentrados en áreas estratégicas de desarrollo, con prioridades muy claramente definidas, que posibiliten que el financiamiento alcance para que podamos impulsar los procesos académicos y estimular a quienes están produciendo en esas áreas. Estamos en una situación en la cual la masa salarial, no solamente en nuestra Universidad, sino en general, consume una proporción muy alta de los recursos que

recibimos del Estado. Es necesario racionalizar, hacer intercambio, compartir con mayor flexibilidad los procesos. Esperamos ir avanzando en ese sentido. Hay que hacer un análisis con toda la comunidad universitaria, con facultades y unidades académicas, sobre la situación financiera, que es difícil y hay que enfrentarla con mucho rigor. Eso debe darse en un ambiente de búsquedas de perspectivas, sabiendo hacia dónde vamos. No debemos eliminar fortalezas, sino reforzarlas. Hay un clima de gran discusión, con gente reuniéndose permanentemente. Nuestra ventaja es que en la UNA somos muy críticos, muy autocríticos. Eso es fundamental para que podamos crecer. Somos críticos hacia afuera y hacia adentro. Creo que esa es la principal fortaleza que tiene la UNA.

¿Podría hacer una valoración del Programa UNIR?

El Programa UNIR es una de las grandes oportunidades que tenemos para avanzar en la superación de los problemas de desarticulación. La decisión de desconcentrar el Programa es muy positiva. Ayuda mucho a que las unidades académicas y las facultades sientan que el Programa UNIR es de ellas desde su inicio, que fue diseñado y negociado con una participación muy activa de las unidades académicas. Lo elaboramos con participación de los decanos de las facultades participantes y de los directores de las unidades académicas. En conjunto lo negociamos con la Fundación Kellogg. Es un gran oportunidad; posibilita que trabajando con diferentes áreas, que tienen mucho que ver con las particularidades de las unidades académicas, a la vez podamos avanzar en la búsqueda de la integración.

Cuando visito las comunidades, siento una gran participación de la población en ese Programa: de las mujeres, de los jóvenes, en general de los productores. Eso es realmente muy notorio. Me parece que el esfuerzo de coordinar y de integrar a otras instituciones del Estado es muy importante; tiene que ver con una disposición que hubo en el diseño del Programa en el sentido de que la Universidad desempeñara un papel de articulación, con el fin de superar el aislamiento existente, al interior de las comunidades y en la relación de éstas con el "mundo exterior"; dentro de la Universidad y en contacto con otras instituciones. Hay avances en ese sentido, y la gente de las comunidades siente que están alcanzando logros significativos. Insisto en el papel que el Programa UNIR debe cumplir en el plano del debate; eso es central.

Eso se vincula con lo que hablábamos en el transcurso de esta entrevista: la importancia de que renovemos el pensamiento, que conozcamos otras interpretaciones, otras visiones sobre el desarrollo rural. En ese sentido, me parece que es necesario fortalecer mucho ese debate. La organización de algunos seminarios, las visitas de expertos en el contexto del Programa UNIR serán muy importantes para fortalecer esas discusiones. Otro aspecto es el de las publicaciones, como es el caso de la aparición de *PERSPECTIVAS RURALES*; creo que van a tener un papel primordial en la discusión sobre estos temas. Si logramos, al finalizar el Programa UNIR, que hayamos podido articular el trabajo de algunos programas académicos, dirigidos al desarrollo rural, que se realizan en la Universidad, podemos estar satisfechos. La desconcentración y el involucramiento de más académicos, de más unidades, son algunos de los logros más positivos.